

LA DEMOCRACIA HAY QUE HACERLA CON LOS DEMOCRATAS

Ayer, día 1 de junio de 1976, ha quedado como un hito importante en la reciente Historia de España, probablemente la fecha más significativa desde el 20 de noviembre de 1975. Si la muerte del General Franco cerró una época larga y singularmente caracterizada, la dimisión de Carlos Arias Navarro como presidente del Gobierno, aún con un menor relieve, significa el final de una experiencia no menos singular cual es el difícil intento de acceder a la democracia a través de las instituciones que durante cuarenta años han sido los pilares básicos de un régimen autoritario. Creemos importante subrayar que lo que se plantea hoy en España no es una simple crisis de Gobierno sino que ésta lleva implícita una crisis de futuro. Lleva a replantearse globalmente de qué forma, en qué tiempo y con qué protagonistas ha de realizarse el tránsito a la democracia. La dimisión de Arias hay que interpretarla como la entrada en vía muerta de todo un programa.

Este programa lo presentó hace unos meses en televisión y rápidamente su alcance fue calibrado en una expresión del propio presidente del Gobierno: «democracia a la española», como vía intermedia entre la «democracia orgánica» de los inmovilistas y la democracia sin adjetivos propugnada por la oposición. Arias buscó la fórmula siempre difícil de la tercera vía, la originalidad imposible. Su programa fue interpretado como el resultado de un

pacto entre los reformistas y los inmovilistas. La oposición democrática no sólo quedó al margen de la operación sino que recibió muy duros calificativos, rezumando menosprecio, por parte del ahora ex presidente.

Dos meses más tarde, este pacto se ha revelado inviable para la construcción de la democracia. Si Arias ya era un hombre gastado en noviembre, las contradicciones han pesado sobre su actuación de forma inexorable. El pueblo español, reducido a simple espectador de toda la operación reformista, ha ido constatando no solamente la existencia de serias divergencias en el seno del Gobierno, sino incluso una clara falta de sintonía entre las actitudes del presidente y los objetivos que en ocasiones señaladas —el discurso de la Corona, el del Congreso americano— el Rey Juan Carlos ha señalado. Estas últimas semanas la sensación de que el Gobierno actual tenía los días contados era cada vez más evidente, con el aumento de las tensiones en su seno y la seguridad de que las operaciones de resistencia de los sectores inmovilistas tomaban envergadura, pese a la forma extraña y contradictoria con que pudieran reflejarse en la actualidad inmediata. De este contexto serían los últimos datos importantes las recientes sesiones de Cortes y del Consejo Nacional del Movimiento.

En este primer comentario nos parece necesario recoger un principio ya expresado en otras ocasiones: la democracia hay que hacerla con los demócratas. La democracia hay que hacerla con los demócratas y se sabe perfectamente quién es quién políticamente hoy en España. Los reformistas, surgidos todos ellos de la evolución del franquismo, han prescindido hasta hoy de los demócratas, y en definitiva del pueblo español, para construir la democracia. Si de lo que se trataba era de construir una auténtica democracia sin adjetivos, ello constituía un flagrante contrasentido y tampoco se situaba en una línea de interpretación suficiente clara del mensaje del Rey cuando se pronunciaba por el protagonismo pleno del pueblo español de su presente y de su futuro.

Esta opción se revela hoy como agotada en su inviabilidad. Ahora es el momento de hacer la opción definitiva por la democracia y la propia oposición ha dado claras muestras de flexibilidad y de deseos de alcanzar un acuerdo con el reformismo para devolver al pueblo el ejercicio de su libertad. En los últimos meses se han barajado múltiples términos para alcanzarlo, desde el pacto nacional hasta la ruptura pactada. Por ello sería un error persistir desde el poder en la dialéctica reforma-ruptura, cuando el propio Rey la ha superado en su ideario y en sus contactos personales.

ARIAS, LA APERTURA Y EL CONTINUISMO

A la luz del más rudimentario de los análisis racionalistas don Carlos Arias Navarro accedía por vez primera al cargo de presidente del Gobierno en unas circunstancias hasta cierto punto paradójicas. El 21 de diciembre de 1973 cuando el entonces presidente del Gobierno, el almirante don Luis Carrero Blanco, perdía la vida en un cruel atentado el señor Arias Navarro era ministro de la Gobernación. Unos días más tarde era designado por Franco para que formase Gobierno. Luego, la paradoja le acompañaría como una constante obsesiva a lo largo de sus dos mandatos como jefe de Gobierno primero con el último Gobierno de Franco, después con el primer gobierno del Rey Juan Carlos I, prolongación en el cargo que, a su vez, tampoco dejaba de ser una paradoja.

Algunas paradojas, sin embargo, contienen una lógica interna que puede descubrirse a partir de una disección de la dialéctica de la contradicción. Si el señor Arias Navarro se reveló aperturista a las pocas semanas de formar gobierno en su famoso discurso del 12 de febrero y últimamente se había consagrado como un continuista irrecuperable es porque actuó siempre en consecuencia con sus propias ideas. El señor Arias representó el mismo papel, con el mismo vestuario, pero se encontró con que la historia, el país y el mundo le habían cambiado el decorado.

De una atenta exégesis comparada de sus discursos del 12 de febrero de 1974 y del 28 de abril de 1976, que en una primera lectura parecen demostrar que el señor Arias había sufrido una preocupante involución, un retroceso hacia posiciones perfectamente inmovilistas, se des-

prende por el contrario que la actitud, el espíritu, la letra, la técnica de construcción del discurso, los recursos retóricos, las maniobras dialécticas y el tejido ideológico son prácticamente idénticos. Es muy probable, incluso, que a pesar de que se dijo que la primera de estas alocuciones había sido preparada por Gabriel Cisneros y José Manuel Romay y para confeccionar la segunda había estado asistido por los ex ministros señores Carro y García Hernández, el señor Arias, hábil hombre de foro y jurista de talento, fuese en realidad el principal artífice de cada una de estas oratorias que centran los dos periodos claves de sus mandatos presidenciales.

Los dos discursos, además, son un reflejo material en el terreno literario de una de sus características más acusadas de su estilo político: la ambigüedad. Los discursos del señor Arias se apoyaban espectacularmente en un apenas perceptible cruce de conceptos aperturistas y conservadores a todos los niveles. Los párrafos conminatorios para la oposición alternaban con las frases populistas, los alegatos en favor de unos cambios eran atenuados por las enérgicas invocaciones a los «principios permanentes»; el sustantivo democracia era corregido invariablemente e inmediatamente por el adjetivo «a la española», la alusión a la participación en las tareas públicas a través de organizaciones políticas eludía la palabra más exacta y más corta para designarlos: partidos.

El resultado inmediato de esta ambigüedad literaria es que cada oyente o cada lector no excesivamente advertido pudiese sintonizar con alguno de los tonos de la alocución. En la práctica política la insistencia en apoyar

el precario equilibrio en los sutiles resortes de la ambigüedad conduciría al señor Arias Navarro hasta el relativo aislamiento en el que transcurrirían los últimos meses de su Presidencia. Si al principio de su ejecución presidencial lograba un discreto consenso de expectativas tanto de los sectores inmovilistas como en los reformadores, el paulatino desencanto de unos y otros degeneraría en un trance doloroso, acosado por una oposición democrática que incrementa su censo a medida que crece el descontento y por los nostálgicos de totalitarismo que no le perdonan políticamente unas desviaciones contemporizadoras que en realidad tenían más de continuismo retocado que de auténtico reformismo.

Es muy probable que uno de los errores políticos del señor Arias fuera el de olvidar que el general Franco le había llamado para sustituir a un hombre clave como el asesinado almirante Carrero Blanco, que durante muchos años se había preparado al lado del Jefe del Estado para prolongar su política dentro del esquema de poder que debería sucederle después de su muerte. El señor Arias pretendió hacer un tipo de política propia que exigía a los inmovilistas una serie de incómodas aunque poco trascendentes renuncias pero que tampoco satisfacía las demandas de autenticidad que reclamaban los ascendentes sectores democráticos. El «ariasnavarismo» no era ni franquismo ni democracia. El «ariasnavarismo» era en realidad uno de los modelos más genuinos de ese fenómeno que desde hacía unos años los comentaristas habían comenzado a denominar como aperturismo.

La «fórmula Arias», basada en estos supuestos, subrayados incluso por la actitud personal un tanto escéptica, distante y disciplinada que el presidente adoptaba en sus apariciones públicas, cada vez menos frecuentes, resultaba inviable en una fase del periodo de transición en el que la Corona se manifestaba abiertamente favorable a una aceleración de una reforma en profundidad. La «fórmula Arias» que en el último periodo de la jefatura del general Franco pudo actuar como de tímido catalizador de esperanzas de progresos prudentes, se fue convirtiendo en un factor perturbador, en una amenaza de riesgo de radicalizar extremismos que no pasó desapercibido a los dirigentes de la potencia hegemónica en el mundo occidental que temen que una excesiva contumacia en conservar estructuras monolíticas actúe como un factor de «desestabilización» en áreas que conviene dominar estratégicamente.

Desde la perspectiva del cambio, el señor Arias Navarro ha representado en su segundo mandato como presidente un inequívoco papel de freno en el camino hacia la democracia. Pero es que el señor Arias nunca pretendió presentarse claramente como un demócrata. Si alguna vez se dijo de él, como ocurrió últimamente, que se presentaría a elecciones o que podía jugar otro papel en una España futura, era en tanto que representante de la derecha franquista. Su antiguo ex ministro de la Presidencia, señor Carro Martínez, lanzó en cierta ocasión su nombre para que fuera aceptado como líder de un gran partido de derechas. En sus comparecencias oficiales en público, el señor Arias Navarro siempre se ha dirigido a los intransigentes del Régimen a los que aconsejaba resignación y a los que trataba de explicar por qué era necesario asumir en los nuevos tiempos un talante político liberal. Arias se arrogaba siempre este papel de dirigente del conservadurismo franquista que en su última aparición televisiva se reveló ostensiblemente. Precisamente su ciclo político



como presidente de Gobierno se ha cerrado con la paradoja de no ser aceptado por aquellos a los que, inteligentemente, ofreciéndoles la oportunidad de retroceder hacia posiciones de retaguardia más seguras, les explicaba la forma de reformar algo para conservarlo todo.

Pero la paradoja arrastraría también a sus más airados detractores. Los sectores inmovilistas que habían presionado más directamente sobre él para imponerle soluciones reaccionarias y que le habían atacado personalmente

por su ductilidad y sus veleidades liberalizadoras son los que pueden resultar más perjudicados por su caída y, consecuentemente, los que van a echar más de menos a ese hombre gris y cortés, ese hombre afable y prudente, esa figura incapaz de resolver las enormes contradicciones del periodo de transición de un régimen autoritario hacia una auténtica salida democrática.

Josep M. CASASUS

■ Un año en curso

EL PAPEL DEL CONSEJO DEL REINO

Las contradicciones tienen un límite y la figura de Arias Navarro, que ya incurrió en contradicción al asumir la Presidencia del primer Gobierno del Rey, hacía semanas que había traspasado todos los márgenes que puede asumir un terreno de juego político coherente.

Un análisis comparativo de los discursos que ha pronunciado Juan Carlos desde su toma de posesión con las manifestaciones y opiniones hechas públicas por el ex presidente Arias en el último medio año no sólo revelan diferencias de matiz o de estrategia política sino que reflejan desde su misma raíz dos maneras diametralmente opuestas de entender la convivencia política en este país de cara al futuro.

No tiene pues nada de extraño que a lo largo de este periodo de siete meses que según como se contemplan parecen haber discurrido entre agobiante lentitud pero que bajo determinadas ópticas pueden reflejar una dinámica vertiginosa, el rumor de la dimisión de Arias Navarro haya actuado como el río Guadiana, pues, sin dejar de circular en ningún momento, aparecía y desaparecía de la superficie.

Cada vez que rebrotaba, los órganos de opinión giraban su vista hacia el Consejo del Reino que de acuerdo con las leyes constitucionales es quien debe proponer al Rey una terna de la que éste debe nombrar al futuro presidente. El resultado de esta contemplación resultaba ser siempre inquietante al constatar que este alto organismo está dominado numéricamente por políticos encuadrados en áreas inmovilistas. El tema se agravó cuando hace pocos meses accedió a consejero del Reino el procurador Martín Sanz, que se ha caracterizado por plantear ante el cambio una alternativa de violencia. Incluso se llegó a decir que si la dimisión no había sido aceptada en ocasiones anteriores era por temor a este escollo.

Hace pocos días tuve ocasión de almorzar con un significado político reformista y le pregunté exactamente qué haría el Consejo del Reino cuando llegara la ocasión que ahora ha llegado. Me contestó con una sonrisa enigmática que el Consejo del Reino, a pesar de su composición básicamente inmovilista, sólo tenía sentido si interpretaba estrictamente la voluntad democratizadora del Rey. La respuesta me pareció «poco constitucional», ya que venía a negar la autonomía total que conceden las leyes a este organismo.

¿Cómo se va a hacer? ¿Cómo se logrará que de un Consejo del Reino resistente al cambio surja una terna en la que al menos se incluya un liberal capaz de poner en práctica la democracia sin adjetivos anunciada por Juan Carlos ante el Senado americano?

Sobre el papel aparece indudablemente difícil. Por esta razón creo que la historia exige al Rey que haga precisamente hoy un acto indiscutible e incontestable de Gobierno, si quiere consolidar la aspiración de la Corona de reinar toda la vida.

Pedro Oriol COSTA

